

TALLER DEL CAJISTA

Rogelio Naranjo: Los escritores en su tinta*

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes



EN UNA de las entrevistas que integran el excelente libro de Elvira García *La caricatura en seis trazos* (México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1983), Rogelio Naranjo, tratista de personajes y dibujante de escritores y artistas, cuenta que esta importante faceta de su oficio nació en 1972, en la revista *Siempre!*, cuando Carlos Monsiváis se hizo cargo del suplemento *La Cultura en México* y lo llamó a colaborar para que dibujara a escritores, artistas, cantantes, estrellas de cine y uno que otro político.

De esa época Naranjo relata la siguiente anécdota:

En una ocasión se me pidió un retrato de John Reed, sin conocer siquiera una foto de él. Tuve que visitar a un anciano amigo de Reed quien me mostró una fotografía antigua, no muy clara del personaje. Ante esta dificultad, yo le di entonces un rostro a John Reed, según mi interpretación. Algo semejante me sucedió cuando tuve necesidad de hacer un dibujo de Tito Monterroso, sin conocerlo personalmente. Recurrí entonces a una foto, pero, a mi juicio, en ella no se parecía ni física ni mentalmente al Tito

* *Literatura mexicana* agradece al maestro Rogelio Naranjo su autorización para reproducir los dibujos que ilustran este número.

Literatura Mexicana

XI.2 (2000.2), pp. 341-344

que yo imaginaba. Más tarde intenté hacer la caricatura con base en los personajes de sus fábulas y resultó algo que no se asemejaba en nada al hombre real, pero así se publicó. Cuando Monterroso me llamó para agradecerme el dibujo y le pedí disculpas porque no estaba seguro de que fuera tal como yo lo había pintado, él me invitó a comer a su casa y cuando lo vi frente a mí me llevé el chasco de mi vida pues estaba delante de alguien totalmente diferente. Me disculpé nuevamente, le hice otro retrato y se lo regalé. Entonces me contó esta anécdota: uno de los Médicis pidió a Leonardo de Vinci que le hiciera un retrato; cuando el artista hubo terminado, el mecenas manifestó su disgusto con la obra porque “no se parecía a su persona”. Leonardo entonces le dijo: “efectivamente: ahora éste no es usted, pero dentro de unos siglos nadie dudará de que éste era usted”. Es decir, la imagen permanece, el hombre muere y nadie, al paso de los años, podrá desmentir que un personaje no era tal y como se le plasmó.

De esta anécdota y de esta amable lección ofrecida por Monterroso, el dibujante, el caricaturista, el cartonista, aprendió a pensar, confiesa, menos estrictamente en dar el parecido al personaje y más en tratar de mostrar la imagen interior del hombre.

Con ello llegó también a la conclusión de que para poder captar y revelar esa imagen interior del hombre, debía conocer en gran medida a sus personajes. En el caso de los escritores, se dijo, debía retratarlos sólo después de haberlos leído y, preferentemente, luego de tener trato con ellos.

Asombra que Rogelio Naranjo (nacido en Peribán, Michoacán, en 1937) pese a su vínculo con el arte y la literatura, afirme no creer en la inspiración. Cree, en cambio, por encima de todo, en la disciplina, y asegura que lo que hace la diferencia entre los intentos y los logros es el hecho de que haya días de mayor lucidez que otros.

Será quizá que en sus días de mayor lucidez (que son los más) plasmó los retratos de Fernando Benítez, Rosario Castellanos, Salvador Elizondo, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, José Gorostiza, Efraín Huerta, Jorge Ibargüengoitia, Carlos Monsiváis, Augusto Monterroso, Carlos

Pellicer, Sergio Pitol, Elena Poniatowska, José Revueltas y José Vasconcelos que, como en la anécdota de Médicis y Leonardo, son, a la vista del lector, las imágenes que fielmente les corresponden.

Los dibujos de Naranjo son, en este sentido, fieles a sus modelos, y son identificables, inconfundibles, por esos rasgos acentuados, enfáticos (el arte en esencia de la caricatura) que los delatan y los reafirman con sus originales. Véase, si no, la calva beatífica de Pellicer y la cabellera desordenada y la gestual mandíbula de Monsiváis; también, el enérgico ceño y el tupido bigote de Fuentes, y los dientes de liebre de Poniatowska. No menos identificables son la piocha de Revueltas y los lentes de Elizondo; los ojos saltones de Ibarguengoitia y las cejas delineadas de Rosario Castellanos; la mirada maliciosa de Benítez y la falsa ingenuidad de Monterroso.

Los escritores mexicanos son así, no hay duda, como los vio Naranjo y como los verán las futuras generaciones. Incluso si alguno de ellos pudiera estar en desacuerdo hoy con esa imagen, el paso de los años les ha conferido perfecta legitimidad y absoluta exactitud con sus modelos.

Los personajes que ha retratado Naranjo están hechos a imagen y semejanza no sólo de las fisonomías sino de las actitudes o, como dijera el propio dibujante, de sus personalidades interiores. Añadiéndose a todo ello la maestría del trazo y el detalle, “el preciosismo de su elegante y fina línea; su serio, descarnado, ácido, mórbido, feroz y contundente modo de hacer humor”, según palabras de Bulmaro Castellanos Lazo, Magú, otro caricaturista excepcional, admirador de Naranjo y maestro también del retrato.

Aunque Naranjo niegue en su obra un lugar a la inspiración, es claro e indiscutible que cada uno de sus retratos encierra un punto de vista, y ese punto de vista está dictado, en gran medida, por la emoción. Existe, desde luego, también, una elaboración intelectual, pero el punto de vista que nace de la emoción ocupa en sus retratos un lugar importante. Él mismo lo ha dicho: un dibujo es hermoso no porque represente cosas bellas “sino porque fue hecho con imaginación y emoción, acompañado de una idea bien lograda”.

Influenciado en su técnica como él mismo lo reconoce, por el dibujante David Levine (llamado en su momento “el caricaturista de nuestra época”), que también retrató a múltiples personajes del arte y la literatura, Naranjo muy pronto definió su propio estilo, y hoy y desde hace varios años las imágenes de este dibujante poseen elementos que los distinguen y que los hacen reconocibles aun si carecieran de firma. Con sólo verlo podemos saber cuál es un cartón de Naranjo y este estilo, esta marca, este carácter nos entregan a uno de los grandes retratistas del siglo xx.

A sus 54 años, Rogelio Naranjo es uno de los grandes dibujantes de México y, posiblemente, el mejor caricaturista contemporáneo. Con sus cartones ha integrado, entre otros libros, *Alarmas y distracciones*, *La escena política*, *Me vale madre*, *Elogio de la cordura* y *Los presidentes en su tinta*. Muchos de sus retratos de escritores se han publicado una y otra vez para acompañar entrevistas, artículos y ensayos referentes al medio literario y de todo ello nos queda la absoluta certeza de que los escritores mexicanos son como los ha visto Naranjo, incluso si alguno de ellos quisiera decir lo contrario.